

AURORA LUQUE

AQUEL VIVIR DEL MAR
EL MAR EN LA POESÍA GRIEGA
ANTOLOGÍA

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Aurora Luque Ortiz
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *En los días de Safo* (1904),
de John William Godward

ISBN: 978-84-16011-57-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 192-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INVITACIÓN AL VIAJE

Existen lugares que son bellos, simplemente. Existen otros que adquieren un significado especial, porque en su suelo se ha desarrollado una determinada civilización. El Egeo reúne, sin embargo, esas dos características. Es único porque creo que no existe en ningún otro sitio esta continua interrelación del mar y de la tierra y esta pureza.

ODISEAS ELITIS¹

Toda la literatura griega está penetrada por el mar. Todo el mar griego estuvo siempre poblado de criaturas poéticas. El mar griego es—los poetas lo han hecho así—velidoso, pródigo en caminos, en historias y en versos, prodigioso en sus claridades y destellante en sus profundidades.

Los versos de todos los poetas de la Grecia Antigua están recorridos de ritmos y rumores marinos, de estertores de olas; de las espumosas crines de los hipocampos, del brillo elástico de los delfines, de los centelleantes senderos líquidos, solares o lunares. La imaginación helénica del mar es copiosa y tonificante. Nos surte de una memoria entrecruzada de barcos, de hombres y de dioses; de delfines miríficos, de golpes de remos, de vientos húmedos, de mástiles que no olvidan su destino amparador de árbol en el mar, de cadáveres semidevorados de marineros, de conchas ofrecidas como exvotos, de redes exhaustas, de olor de algas, de puertos saludados.

Los dioses habitan o recorren el mar, y le dan belleza y esplendor. Afrodita, nacida de la espuma, recibe las advocaciones de Pontia o Euploia. Eros y la Fama sobrevuelan las olas. Poseidón habita fastuosos palacios submarinos y administra oleajes y mareas. Todos los afanes divinos se entrecruzan con lo heroico y con lo humano en los escenarios de la mar. Allí somos testigos del anhelo y de la potencia de los dioses, de sus milagros, de su gracia, de su hermosura y de su ira. Los textos de los poetas griegos, desde Homero a los epigramatistas tardíos, recogen los prodigios marinos: islas que hablan, islas errantes, barcos que navegan sin piloto (como dirigidos por un milagroso GPS). Allí vemos el asombro de los héroes ante las empresas que han de acometer, la audacia de los piratas, la ambición de los guerreros. Los mortales lamentan sus destinos cuando el mar los tuerce. Los remos empuñados por los marineros son como el DNI de las gentes del mar. Se clavan en las tumbas cuando el mar tiene la deferencia de devolver el cuerpo de los naufragos. Hay un resonar de oraciones humildes: súplicas por el regreso de los embarcados y gestos de acción de gracias; en los templos de los acantilados, los padres, los amantes, los viejos pescadores agradecen, con ofrendas de redes o anclas, la bondad o la piedad que el mar tuvo con ellos o con sus familiares.

Es un reino poblado de vida brillante y enérgica. El mar refulge cruzado por naves negras, cóncavas y veloces. Solamente el mar griego, el mar homérico, tiene el color del vino, y se nos aparece como una acuarela vinosa, rojizo como un mosto. Pero también es canoso, violeta—*el ponto color violeta*—, añil o negro. Las naves pueden tener rojas mejillas y rojas proas o pueden avanzar con proa azuloscuro. De las aguas surgen Poseidón, de melena azulada, o Tetis, vestida de añil. Y con el poeta Timoteo, el mar tuvo cabelleras de esmeralda.

La palabra de los poetas griegos está impregnada de humedad marina, preñada de luz, de *salada claridad*, tintada de todos los azules.

¿Zarpamos?

PRIMERAS PISADAS EN LA ARENA

La primera aparición del mar en la literatura griega ocurre en el verso 34 del canto I de la *Iliada*: el sacerdote Crises, recién humillado por el caudillo Agamenón, que se niega a devolverle a su hija Criseida, se aleja de los campamentos aqueos caminando por la orilla. El silencio del anciano contrasta con el inacabable discurso de la mar. A partir de este momento, el rumor de las olas y los aromas de yodo y de salitre no dejarán ya nunca de impregnar la escena poética. Si amputáramos la presencia del mar, la poesía griega quedaría descolorida y casi muda. En el trayecto que va de Homero y Hesíodo a poetas tardíos como Rufino o Filipo, toda una imaginería del mar fue quedando acuñada para uso y disfrute de generaciones venideras. Todavía no la hemos descartado. ¿En qué ciudad costera, en qué *corniche*, en qué paseo marítimo falta un local que se llame Odisea o Ítaca o Poseidón? ¿En qué puerto falta un barco bautizado como *Calipso*, *Nereo*, *Tritón* o *Nausicaa*?

Son numerosos los momentos «marineros» del mito que han cuajado en iconografías populares, reconocibles por todo tipo de observadores. Como ocurre con don Quijote, incluso los nunca lectores de los clásicos alcanzan a reconocer la figura de Afrodita naciente de la mar, rodeada de su cortejo de ninfas y de amores; o la de las Sirenas homéricas que acosan a Ulises amarrado a su mástil, o la silueta de Europa subida a su pesar a lomos del toro que la arras-

tra sobre las olas. Otros momentos del mito no han producido siluetas tan claras, pero perviven como símbolos poderosos. La *Odisea* simboliza definitivamente la vida como viaje y la referencia a Ítaca como símbolo de la meta de la vida y del destino—popularizada gracias al hermoso y conocido poema de Cavafis o a canciones como la de Lluís Llach—ha llegado a convertirse en un cliché a menudo banal. Nombramos con naturalidad los obstáculos y vicisitudes en el periplo de la existencia al homérico modo: la seducción del riesgo (¿o el riesgo de la seducción?) se ampara bajo los nombres de la peligrosa Circe o de los cantos de sirenas; el miedo irracional se personifica en el Cíclope caníbal. Las calamidades más destructivas son Escilas y Caribdis que nos amenazan. Proteo, el *viejo del mar* de las costas egipcias, que se metamorfoseaba en león, dragón, jabalí, agua o fuego, sigue siendo el símbolo de lo cambiante y multiforme: de lo *proteico*. Pero los ásperos cíclopes tuvieron su deriva romántica: así, la ninfa Galatea y su grotesco enamorado Polifemo, tosco y tierno a la vez, han nutrido el arquetipo de la Bella y la Bestia, no sin antes pasar, vía Ovidio, por las inspiradas manos de don Luis de Góngora.

Otro símbolo poderoso: más allá de Homero (pero derivado de su imaginaria de amenazadoras tempestades), y al tiempo que surgen y prosperan las primeras ciudades como arriesgada empresa colectiva, nacerá la metáfora del Estado como nave común. El destino de la ciudad es el del barco que zarandean tormentas y peligros; sólo la pericia y sensatez de la tripulación lo salvará del naufragio: «Esta ola, igual a la anterior, avanza ya de nuevo. | Nos costará aguantarla esfuerzo enorme cuando inunde la nave», advierte Alceo en un momento crítico en su Mitilene natal. Sin un piloto diestro, la ciudad se va a pique: «Los cargadores tienen el poder; los malvados se imponen a los buenos», se lamenta Teognis.

EUROPA, EUROPA. OCCIDENTE Y EL MAR DE LOS GRIEGOS

Tanto la Europa mítica como la Europa histórica comienzan en el mar de los griegos. El nombre de Europa es el de la princesa fenicia que enamora a Zeus. El relato fundacional de nuestro continente nos ha llegado a través de un *epilio* helenístico (un poema épico refinado y breve) cuyo autor fue el poeta siciliano Mosco. Un sueño premonitorio de la princesa la conduce a la playa en la que aparecerá Zeus transmutado en toro. Tras el rapto y la cabalgada sobre el mar, arribarán a Creta, región primera del continente nuevo, de donde arrancarán los primeros linajes europeos.

Y Occidente como entidad histórica también comienza en el mar heleno: con la batalla de Salamina.

No es exagerado afirmar que Salamina hace a Europa, que Occidente nace en Salamina. De no haber sido por ese día, seguramente absorbida por completo dentro del inmenso y poderoso imperio persa, la historia que conocemos habría sido otra [...]. Todo lo que cualquiera recuerda o puede citar sobre la cultura griega tuvo lugar después de Salamina y gracias a ella.

Son palabras de Helena Cortés en el prólogo a su traducción de *El Archipiélago* de Hölderlin,² un poema en el que el poeta germano, en diálogo con el dios del mar, evoca el primer día de libertad de los griegos, la mañana de la batalla de Salamina, aquella en que unas decenas de trirremes griegas consiguieron derrotar a los cientos de navíos de la escuadra persa. Entre los despojos de las naves, Grecia inventó para Europa el amor a la libertad.

La primera tragedia ática cuyo texto se conserva, los *Persas* de Esquilo, trata precisamente ese episodio de historia estrictamente contemporáneo al autor: la derrota persa en

las aguas de Salamina. Esquilo lo convierte en relato legendario y le da tono de gesta, de epopeya; una fuerza divina incita a los griegos a enfilar los espolones de sus escasas triremes contra el poderío de Jerjes. El mar es aquí un campo de batalla propicio y cómplice para los atenienses. Los soldados persas caerán como los atunes sanguinolentos cercados en las almadrabas. Esquilo relata la batalla naval recién librada bajo una luz épica que la desrealiza y distancia intencionadamente. Traducimos íntegro el largo *relato de mensajero* de la catástrofe persa tanto por su poderío dramático como por su relevancia histórica: Europa empezó a no ser Oriente gracias al ansia de libertad que movió los espolones de los barcos de Temístocles. Timoteo de Mileto, en su poema *Los persas*, habla en un fragmento mutilado de alguien «que fabricaba para Grecia la belleza grande y gloriosa de la libertad».

Sófocles, sucesor de Esquilo en la escena ática, hace entonar al coro de *Antígona* una conmovedora declaración de fe en el hombre: «Maravillas hay muchas | mas nada existe más maravilloso | que el ser humano». El humanismo europeo³ echa sus raíces en esta conciencia de las posibilidades de grandeza: el hombre, según Sófocles, caza, cultiva, domestica, tiene lenguaje, pensamiento veloz, costumbres civiles y sabe afrontar la intemperie y el futuro. Pero, ¿cuál es la primera habilidad maravillosa que cita el dramaturgo? La de enfrentarse al mar incluso en el invierno y cruzarlo en busca de su destino.

AZUL HORIZONTE. GEOGRAFÍAS⁴

La poesía de los griegos antiguos puede explorarse como un manual de geografía en el que predominan las superfi-

cies líquidas, como un atlas delicioso, como un repertorio de topografías fantásticas. Desde el mar pueden observarse los afanes y conflictos de los hombres y de las mujeres, los tamaños de los miedos y terrores colectivos proyectados en monstruos marinos, las hipótesis que avanzan sobre los desconocidos misterios, la conquista de rutas para los intercambios de ideas y de mercancías de los frutos de Eros y de los de Eris. El Océano es un río soberbio y remoto que circunda toda la tierra conocida (la tierra se concebía como un círculo aplanado). Cuando acaba el día, el Sol embarca en un lujoso casco para realizar la travesía nocturna a través del Océano, que lo devuelve al punto de partida en el oriente. Mimnermo y Estesícoro describen ese viaje. A los reinos de la muerte también se llega por una ruta marítima. La maga Circe indica a Odiseo la ruta para llegar a los «palacios mohosos» de Hades: ha de cruzar el Océano hasta avistar los bosques de Perséfone donde desemboca el Aqueronte.

La imaginaria de la isla es copiosísima en la poesía griega. Todas las islas son diferentes y, a la vez, flexibles y receptivas a préstamos y desembarcos. Históricamente, «las islas son universos excesivos, al mismo tiempo abiertos de par en par, barridos bruscamente por invasiones de hombres, de técnicas e incluso de modas, y muy cerrados al mismo tiempo, con intercambios muy intermitentes, menos cotidianos que en otros lugares». ⁵ Literariamente son espacios enriquecidos y a la vez enigmáticamente singulares. Muchos poetas cuentan, por ejemplo, el diverso nacimiento mítico de las islas: Píndaro relata el origen de Rodas, que aguardaba en el fondo del mar hasta que Helios, el Sol, la divisó desde lo alto y la quiso para sí. Según Calímaco, fue Poseidón el «fabricante» general de las islas, al remover con su tridente colosal las raíces de las montañas. En el *Himno homérico a Apolo* escuchamos la voz quejum-

brosa de la isla de Delos, lugar de nacimiento del dios, que se queja a Leto de su pobreza: solamente es refugio de pulpos y de focas muy negras. Las islas aparecen feminizadas (Delos, canta Calímaco, es la danzante central del coro de las Cícladas) y hasta ligeramente erotizadas como parajes seductores (ningún comerciante pasa de largo ante Delos, sino que detiene allí su barco). Curiosamente será también Delos la protagonista en una serie tardía de epigramas en los que el poeta-viajero llora por la isla arruinada, ya sin esplendores, y lamenta el paso destructor del tiempo: un anticipo del productivo tema barroco de las ruinas. La isla de Faros (*Od.* IV, 355) es enigmática no por su localización, sino por sus pobladores. Aparece de la mano de Homero frente a Egipto, como un lugar en que los marineros reposaban agua dulce. Allí vive el vidente Proteo con sus rebaños de focas. Muchos siglos y muchos versos después, en esas costas se erigirá el suntuoso Faro de Alejandría, celebrado en su esplendor en un epigrama de Posidipo. Un tipo especial de isla es la que, con permiso de Julio Verne, podríamos llamar «la isla misteriosa»: inencontrables, inubicables, pobladas de bellezas y peligros. La diosa Atenea protesta en la asamblea de los olímpicos por el larguísimo exilio que Poseidón impone a Odiseo. El rey de Ítaca se halla retenido en la isla de la ninfa Calipso, situada en «el ombligo del mar»: el centro ignoto del mar lo ocupa una isla paradisíaca. Otra isla imponente es la de Eolo, rodeada de acantilados impenetrables y de un alto muro de bronce. Pero los poetas no hablaron de la remota Atlántida, que es un invento personal de Platón: la más seductora leyenda geográfica helena se narró en prosa y por ello queda fuera de esta selección, a pesar de la alta temperatura poética y simbólica del discurso platónico.

Los fondos marinos maravillosos son dominio de los dio-

ses: en los abismos se halla la mansión de Poseidón; allí vive Tetis, auxiliada por las amables Nereidas; y allí fue a esconderse Hefesto, en la casa de acogida de Tetis y Eurínome, un hospitalario refugio submarino donde el dios se entretendrá fabricando alhajas y bisuterías.

Los litorales, en cambio, son lugares de esperanza, de encuentro y de intercambio para los mortales y los héroes. En la costa de Ítaca, cerca del puerto del *viejo del mar*, se hallaba la cueva de las ninfas, con sus panales, telares y fuentes, que será el primer lugar de apoyo logístico de Odiseo en su retorno al hogar. Las costas de islas y tierra firme se hallan punteadas de templos, de mojones y hermes propiciatorios, de puertos naturales en los que los norays eran piedras rudimentarias y los pantalanos y diques no existían aún.

Los poetas nos permiten acompañar a sus héroes en largos periplos. La *Odisea*, en sentido estricto, no sería un periplo, ya que no incluye entre sus objetivos la descripción de tierras y lugares avistados generalmente por mar. En cambio, en el relato de Apolonio de Rodas, las huellas de los Argonautas pueden seguirse en buena parte de sus singladuras. Las rutas del retorno de la nave *Argo* presentan tramos oscuros, pero también momentos esplendorosos. Una isla insignificante, la isla de Tinia, se engrandece al aparecérselos a los Argonautas el mismo dios Apolo al amanecer. Apolonio hace embarrancar a la nave *Argo* en las Sirtes, en la costa de Libia, uno de los lugares más inhóspitos jamás descritos: una laguna ardiente, arenosa, paralizante y sin horizonte en la que el cielo se funde con la tierra. Las Sirtes se convirtieron en paradigma de peligro para navegantes. Un gigante marino, Tritón, salva de ellas a los Argonautas y les entrega un terrón del que surgirá la futura isla de Tera. Los marinos que arribaban a las costas de la isla de Creta podían verse sorprendidos por los aludes de rocas